

# Aprender como acontecimiento: pensar la posibilidad de aprender como un existir junto a otros



 Samantha Piñeiro

Este escrito surge en el contexto actual de aislamiento social, preventivo y obligatorio como consecuencia de la emergencia sanitaria nacional provocada por la pandemia de COVID-19, en el marco de una posterior suspensión de clases presenciales en todo el país, y de una modificación del calendario académico universitario que dio como resultado el inicio de clases virtuales sostenidas inevitablemente en la enseñanza remota de emergencia. Nace debido a un interrogante que se desprende de mi propia experiencia como estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) durante este período donde, haciendo uso de un pensamiento más poético que filosófico (pero siempre desde el compromiso pedagógico y epistemológico en tanto estoy tratando una temática educativa), me permito proponer algunas ideas para fundamentar mi propia vivencia y transitar estudiantil atravesados por la novedad que representa en mi experiencia educacional dicho contexto educativo.

Para empezar, voy a tomar las palabras de Bárcena Orbe:

Deseo referirme al aprendizaje como algo que *nos* ocurre como seres humanos y que, en parte, puede cambiar nuestras vidas, o la conciencia que de ella tenemos (...) el aprender, la experiencia de aprender, es un *acontecimiento*, una experiencia singular. Como tal, es un *acontecimiento ético*. O dicho de otra forma: es una experiencia donde la ética, o lo ético, se nos muestra como un genuino acontecimiento en el que, de forma predominante, se nos da la oportunidad de asistir al encuentro con un otro a cuya llamada podemos decidir responder solícitamente. Es, pues, una *revelación*. (2000: 13)

¿Cómo podemos interpretar nuestras experiencias de aprendizaje como estudiantes universitarios en el contexto actual de aislamiento social, preventivo y obligatorio como consecuencia de la emergencia sanitaria nacional provocada por la pandemia de COVID-19? Bárcena Orbe (2000) nos habla del aprendizaje como acontecimiento existencial, puesto que se refiere al aprendizaje como una experiencia que nos ocurre y que nos marca un antes y un después, nos invita a pensar al aprendizaje como “hacer una experiencia” que nos genera de esta manera una experiencia de formación, nos transforma y nos muestra algo que estalla delante de nosotros, donde algo imprevisible puede que no nos confirme, sino todo lo contrario: que nos niegue y acabemos siendo otro. En esto se halla el desafío de aprender. Quizás podamos tomar nuestras experiencias entrelazadas con la actualidad y devenir en algo más que no teníamos imaginado antes de empezar. La cuarentena en la cual estamos inmersos puede ser un momento para hacer esa experiencia de aprendizaje.

En el entramado circunstancial en el que nos encontramos sumergidos y formando parte desde nuestra historicidad, hay un papel que estamos impulsados a interpretar con los mismos recursos que solíamos usar antes; somos estudiantes, somos aprendices en este momento histórico, atravesados por un siglo XXI incipiente, imprevisto y un tanto salvaje que nos sacude desde nuestra cotidianeidad con la realidad cruda de una pandemia en proceso, y nos sorprende como principiantes en una situación desconocida, sin saber por dónde ir, pero confiando que hacia donde decidamos avanzar nos esperan las experiencias de las cuales aprenderemos a aprender nuevamente, como si recién emprendiéramos la travesía de aprender y nos dejáramos deslumbrar por cada paso que damos hacia ese universo inalcanzable del conocimiento.

Somos estudiantes en esta circunstancia inesperada, todos, desde cualquier posición que ocupemos, y nos encontramos transitando el sendero del aprendizaje con herramientas que algo pueden aportar en nuestro viaje, aunque no sirvan para asegurarnos la llegada a destino. No sabemos si hacemos lo necesario, no sabemos qué esperar de aquellos que están del otro lado, enseñantes y aprendices, ya sea que estén enseñando pero acompañando responsablemente frente a las necesidades que presenta el alumnado, dando reciprocidad, o si están aprendiendo pero arriesgando en el proceso, perderse un poco en la bruma de las demandas educativas, aunque ambos lados siempre lo estén intentando con buena voluntad. No sabemos qué podemos recuperar que no se haya perdido de aquellos aprendizajes que estaban programados en la habitualidad del aula de clases de un día cualquiera de un cuatrimestre más de este año; no sabemos, no tenemos certezas de cuánto podemos aprender aprendiendo así, como se pueda, ya sea desde casa, con las nuevas tecnologías escaseando o con la conectividad cooperando por instantes y desconectándonos por tantos otros. No sabemos qué esperar en un contexto donde el encuentro pedagógico con el otro parece desdibujarse a través de una pantalla que nos acerca provisoriamente a nuestros fines pero nos distancia del vínculo afectivo. No sabemos cómo nuestras existencias irrumpen en el otro que está ahí también, pero del otro lado, que al mismo tiempo nos irrumpe y genera que nos interroguemos sobre cómo estos rostros anónimos afectan nuestros aprendizajes. No sabemos pero podemos buscar la manera de entender que nuestros aprendizajes actuales esconden una novedad, y que esa novedad nos conduce a reconocernos como acontecimiento existencial y a reconstruir nuestra noción de relación con el otro.

Podemos tomar la idea del aprendizaje como un acontecimiento, como un aquí y ahora que se va creando y recreando infinitas veces, como una posibilidad de ser que no deja de ocurrir en la manera en la que entendemos el tiempo, en cómo lo vivimos. Aprendemos como parte del acontecimiento que nos atraviesa y, al mismo tiempo, como si fuera alguna clase de revancha, atravesamos al acontecimiento con nuestras propias existencias como aconteceres. Somos una especie de creadores de destinos, estamos siendo la posibilidad de nuestro ser de manera constante, nos vamos armando y desarmando en nuestro devenir y en nuestra multiplicidad de existencias, dando forma a aquello que estaba a la espera para ser lo que debía ser. En otras palabras, nuestras existencias son la potencia necesaria para saber cómo transitar las circunstancias y encontrar momentos de quiebre y oportunidad, es decir, de novedad. En este momento de la cuarentena y después también.

Ahora bien, los aprendizajes que acontecen en esta circunstancia son generados por nuestras interacciones y devenires con ella misma y con los otros que, sumergidos en la misma circunstancia, nos acompañan como acontecimientos también. No podría percibirse de otra forma. Todos recordaremos lo que aprendimos durante la pandemia del COVID-19 y esos aprendizajes serán testimonios de nuestras existencias, danzando en el tiempo, yendo al encuentro con el otro existiendo a nuestro lado y de nuestros aconteceres invitándonos a recrearnos para siempre. Somos estudiantes y somos acontecimientos, esta forma de existir nos permite abrirnos a una infinita sucesión de

posibilidad en nuestra singularidad, la historicidad propia se nos presenta como una potencia para allanar el camino que estamos buscando y para llegar al otro. Quizás se trate de expandir el horizonte y permitirse ser una novedad para nuestras existencias. Quizás podamos encontrar la novedad que somos nosotros mismos viviendo nuestros aprendizajes en cuarentena como una posibilidad para comprender el valor de existir junto al otro y aprender de su existencia de manera constante. Y con esto quiero decir, encontrar siempre la posibilidad de seguir existiendo como si fuera una obligación vital, pero no existir como una mera presencialidad física ya sea contingente o absurda que aparece en el tiempo. Antes bien, existir como una experiencia de vida que nace, se manifiesta, se eleva, emerge y actúa. Y al existir, ir al encuentro del otro que está ahí, aconteciendo junto a nosotros, existiendo en nuestro acontecimiento y siendo la posibilidad para nuestros aprendizajes. Sabemos que nuestros aprendizajes son resultado de los vínculos que formamos con los otros, pero ¿sabemos qué tan fundamental es la existencia del otro en nuestros aprendizajes?, ¿valoramos esas existencias? Por esto mismo, me he puesto a pensar en las experiencias de aprendizaje que se desprenden de la cuarentena, así como también en las experiencias de extensión universitaria; en ambas podemos encontrar de manera clara la existencia vital del otro que llega a nuestro encuentro como si fueran acontecimientos que nos fundan en nuestros aprendizajes, acontecimientos que se unen a nosotros.

¿Por qué no pensar en la poesía de existir como un acontecimiento? Dejarnos fundir en alguna metáfora que nos revele lo que la razón muchas veces no es capaz; quizás jugando un poco con el pensamiento podamos comprender lo auténticos que somos cuando nos percibimos como acontecimientos. Aprender de nuestros aprendizajes circunstanciales y adaptables a lo que está siendo, aprender del encuentro con la existencia del otro, somos lo que estamos viviendo, y en el fondo, y también en la superficie, ese es el aprendizaje que nos permite seguir aprendiendo. Así que sí, somos aprendices siempre, en cualquier momento; las experiencias potenciadoras de nuestras existencias nos lo han asegurado, puesto que se han afirmado en nuestro propio devenir interminable. Podemos considerar al aprendizaje como un acontecimiento existencial porque nos transforma y nos acerca a la conversión de nuestro ser siempre en movimiento, siempre en posición de posibilidad, siempre a la espera de nosotros mismos y del otro como existencia vital en nuestras propias existencias. Asimismo, el aprendizaje como acontecimiento no es más que la experiencia esencial de aprender a aprender y en el proceso, aprender a “aprenderse”.

## Bibliografía

---

- » Bárcena Orbe, F. (2000). El aprendizaje como acontecimiento ético. *Enrahonar*, núm. 31, pp. 9-33.
- » Esperon, J. P. (2018). Acontecimiento, efectuación y sentido en la filosofía de Gilles Deleuze. *Universitas Philosophica*, vol. 35, núm. 70, pp. 207-228.

### La autora

*Samantha Piñeiro*

Docente de nivel inicial y estudiante de la licenciatura en Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.